

diría, porque esos pobres diablos no han tenido la audacia ni la política de hablarme como vos.

Ernautón le saludó.

— Caballero, — añadió Loignac acercándose al joven, — tal vez esta noche vendrá á Palacio algún gran personaje : no le perdáis de vista y seguidle á todas partes cuando salga del Louvre.

— Permitidme una observación ; eso tiene visos de espionaje.

— ¡ De espionaje ! ¿ Lo creéis así ? — repuso friamente Loignac ; — acaso tengáis razón, pero ved...

Al mismo tiempo sacó de su ropilla un papel y lo presentó á Carmainges ; éste lo desdobló y leyó lo siguiente :

« Mandad que sigan esta noche al señor de Mayenne, si por casualidad se atreve á presentarse en el Louvre. »

— ¿ Firmado ? — preguntó Loignac.

— Firmado, de Epernón, — leyó Carmainges.

— Y bien, ¿ qué decís á esto, caballero ?

— Está bien, — replicó Ernautón saludando respetuosamente ; — yo seguiré al señor de Mayenne.

Y se retiró.

XIV.

Los vecinos de París.

El señor de Mayenne de quien tanto se ocupaban en el Louvre, y que tan lejos estaba de pensarlo, salió del palacio de Guisa por una puerta trasera, y con botas y espuelas, montado á caballo como si acabase de llegar de viaje, se dirigió al Louvre seguido de tres caballeros.

El señor de Epernón, advertido de su venida, mandó que anunciaran al rey su visita.

El señor de Loignac, enterado también por su parte, había mandado dar segundo aviso á los

Cuarenta y Cinco; y según la orden anterior, se hallaban quince en las antecámaras, quince en el patio y catorce en sus aposentos.

Decimos catorce, porque habiendo recibido Ernautón, como es sabido, una misión particular, no se hallaba entre sus compañeros.

Pero como el acompañamiento del señor de Mayenne no podía inspirar ningún recelo, la segunda escuadra recibió la orden de volver á su cuartel.

El señor de Mayenne, introducido ante S. M., le hizo una respetuosa visita, y el rey le acogió con afecto.

— ¡Hola, primo mío! — le dijo Enrique. — ¿Conque venís á visitar á París?

— Sí, señor, — respondió Mayenne; — he creído debía venir en nombre de mis hermanos y en el mío, á recordar á V. M. que no tiene vasallos más fieles que nosotros.

— ¡Pardiez! Eso es tan sabido, — dijo el rey, — que prescindiendo del placer que sabéis me causa vuestra visita, podiais haberos ahorrado la molestia del viaje. Por lo mismo, se me figura que debe ser otra la causa de vuestra venida.

— Señor, he temido que los extraños rumores

que nuestros enemigos hacen circular hace algún tiempo hubiesen alterado vuestra benevolencia hacia la casa de Guisa.

— ¿Qué rumores? — preguntó el rey con aquella naturalidad que le hacia tan tamible á sus más íntimos amigos.

— ¡Cómo! — preguntó Mayenne un tanto desconcertado. — ¿No habrá llegado á oídos de V. M. nada que nos sea desfavorable?

— Primo mío, — dijo el rey, — sabed de una vez para siempre que yo no permitiría que se hablase aquí mal de los señores de Guisa; y como lo saben todos, al parecer mejor que vos, nadie se atreve á hablar mal, duque.

— Por consiguiente, — observó Mayenne, — no me pesa haber venido, puesto que he tenido el honor de ver á mi rey, y de hallarle con tan favorables disposiciones, aunque confesaré la inutilidad de mi precipitación.

— ¡Oh, duque! París es una buena ciudad de la que siempre se puede sacar algún servicio, — observó el rey.

— Sí, señor, pero tenemos nuestros negocios en Soissons.

— ¿Qué negocios, duque?

— Los de V. M., señor.

— Cierto es, Mayenne, cierto es: continuad obrando como habéis principado, que sé apreciar y recompensar debidamente la conducta de mis servidores.

El duque se retiró sonriendo, y el rey volvió á entrar en su cámara frotándose las manos.

Loignac hizo una seña á Ernautón, quien habló al oído á su criado, y acto continuo siguió á los cuatro caballeros.

El criado se dirigió á las caballerizas, y Ernautón siguió á pie.

No podía perderse la pista del señor de Mayenne, pues la indiscreción de Perducas de Pincorney había hecho conocer la llegada á París de un príncipe de la casa de Guisa; al saber esta noticia, los de la Liga habían comenzado á salir de sus casas y á seguir las huellas.

El duque de Mayenne era fácil de conocer por sus anchas espaldas, su contorneado talle y espesa barba.

Habíanle, pues, seguido hasta las puertas del Palacio del Louvre, y en ellas le aguardaban los

buenos ciudadanos para acompañarle hasta su morada.

En vano Mayneville procuraba separar á los más celosos diciéndoles:

— Basta de entusiasmo, amigos míos; basta de patriotismo. ¡ Ira de Dios! ¿ No conocéis que vais á comprometernos?

El duque llevaba un séquito de doscientos ó trescientos hombres por la parte más corta, cuando llegó al palacio de San Dionisio, en el cual había fijado su domicilio.

Ernautón por consiguiente pudo enterarse de todos los movimientos del duque, sin que nadie pudiese abrigar la menor sospecha.

En el momento en que el duque volvía el rostro para saludar á su comitiva, creyó reconocer en uno de los caballeros que saludaban al mismo tiempo que él, al que acompañaba ó servía de protector al paje que había entrado por la puerta de San Antonio, y que tanta curiosidad había manifestado respecto al suplicio de Salcedo.

Casi al mismo tiempo, y no bien hubo desaparecido el señor de Mayenne, atravesó una litera por medio de la multitud; Mayneville se acercó á ella,

separóse una de sus cortinas, y, merced á un rayo de luna, Ernautón reconoció al paje y á la dama de la puerta de San Antonio.

Mayneville y la dama se dirigieron cuatro palabras, la litera desapareció bajo los arcos del Palacio, seguida del primero, y cerráronse las puertas con estrépito.

Un instante después apareció Mayneville en el balcón principal, dió las gracias en nombre del duque á los ciudadanos de París, y como era ya tarde, les invitó á que se retirasen, á fin de que la maledicencia no pudiese sacar el menor partido de aquella reunión.

Todos se alejaron al escuchar sus palabras, á excepción de diez hombres que siguieron al duque.

Ernautón se separó también, ó mejor dicho, fingió separarse, en tanto que los demás se dispersaban.

Los diez elegidos que habían quedado eran los diputados de la Liga, enviados al duque de Mayenne para felicitarle por su llegada, y también para que decidiese á su hermano á venir á París.

En efecto, aquellos dignos vecinos de la ciudad, á quienes anteriormente encontramos reunidos en el palacio de Guisa, aquellos excelentes conspiradores

que no carecían de imaginación, habían combinado en sus asambleas preparatorias multitud de planes, á los cuales sólo faltaban la sanción y el apoyo de un jefe con quien pudiesen contar.

Bussy-Leclerc acababa de anunciar que tenía ya tres conventos, á cuyos frailes había instruido en el manejo del arma, y que le seguirían además quinientos ciudadanos; en una palabra, que podía contarse con un efectivo disponible de mil hombres.

Lachapelle-Marteau se había entendido con los magistrados, con los curiales y con el populacho de París; podía por consiguiente ofrecer á la Liga consejos y brazos; los primeros representados por doscientas togas, y los segundos por doscientas cotas de malla.

Brigard disponía de los mercaderes de la calle de los Lombardos, de los pillos del Mercado, y del barrio de San Dionisio.

Crucé dividía con Lachapelle-Marteau la adhesión de los procuradores, y además representaba á la universidad de París.

Debar ofrecía todos los chalanes y empleados del Sena, especie peligrosa que formaba un contingente de quinientos hombres.

Louchard se hallaba á la cabeza de quinientos chalanes de caballos, que eran católicos rabiosos.

Un estañero, que se llamaba Pollard, y un salchichero, cuyo nombre era Gilberto, presentaban quinientos carniceros y tocineros de la ciudad y de los arrabales.

Maese Nicolás Poulain, el amigo de Chicot, ofrecía todo, sin tasa y sin la menor aprensión.

El duque, considerándose ya seguro en su estancia, escuchó con paciencia estas revelaciones, y dijo :

— Admiro verdaderamente las fuerzas de la Liga; pero no veo el objeto que sin duda venís á proponerme.

Maese Lachapelle-Martean se dispuso al momento á pronunciar un discurso en tres partes : era un hombre prolijo, y nadie ignoraba esta circunstancia ; de modo que el duque de Mayenne se estremeció.

— Acabad pronto, — le dijo.

Bussy-Leclerc se anticipó al orador, exclamó :

— Deseamos un cambio de cosas; somos los más fuertes, y por lo tanto, queremos obtenerlo : esto es corto, claro y preciso.

— Pero ¿ cómo esperaréis conseguir ese cambio ? — le preguntó el duque.

— Paréceme, — contestó el primero con una franqueza que podía pasar por audacia en hombre de tan baja condición, — que habiendo concebido nuestros jefes el proyecto de la *unión*, á ellos y no á nosotros corresponde señalar el plan de ataque.

— Señores, — observó Mayenne, — decís muy bien : el objeto y el ataque deben ser indicados por los que tienen el honor de ser vuestros jefes ; pero me encuentro en el caso de repetiros que el general es el único juez del momento en que debe empeñarse la batalla, y que aunque vea á sus tropas armadas y decididas, no dará la señal mientras crea que no debe hacerlo.

— Pero es el caso, monseñor, — replicó Crucé, — que la Liga tiene prisa, como ya hemos tenido el honor de manifestároslo.

— ¿ Prisa ! ¿ Y de qué, señor Crucé ? — preguntó el duque.

— De llegar.

— ¿ Adónde ?

— Á nuestro objeto, porque nosotros también hemos concebido nuestro plan.

— Eso es otra cosa, si tenéis vuestro plan, nada debo añadir.

— Sí, monseñor; pero ¿podemos contar con vuestra ayuda?

— Sin duda alguna, con tal que ese plan nos agrade á mi hermano y á mí.

— Es muy probable que os agrade, monseñor.

— Entonces veamos ese plan.

Los de la Liga se miraron unos á otros, y dos ó tres hicieron seña á Lachapelle-Martean de que hablase.

Lachapelle-Martean se adelantó y pareció solicitar del duque el permiso de hablar.

— Hablad, — dijo el duque, — lo que tengáis que hablar.

— Hé aquí el plan, monseñor, — dijo Martean.

— Lo hemos concebido Leclerc, Crucé y yo. Lo hemos meditado bien, y es probable que dé un resultado seguro.

— Al hecho, al hecho, señor Martean.

— Hay muchos puntos en la ciudad que enlazan todas las fuerzas entre ellas: el grande y el pequeño Chatelet, el palacio del Templo, la Casa de Ayuntamiento, el Arsenal y el Louvre.

— Es verdad, — dijo el duque.

— Todos esos puntos están defendidos por guarniciones permanentes, pero poco difíciles de forzar, porque no pueden contar con un golpe de mano.

— Admito aun eso, — dijo el duque.

— Sin embargo, la ciudad se halla además defendida, primero, por el jefe de ronda con sus arqueros, que llevan la verdadera defensa de París á los sitios que se hallan en peligro.

Hé aquí lo que hemos ideado:

Apoderarnos en su misma casa del jefe de ronda que habita en la Couture-Sainte-Catherine.

Puede darse ese golpe de mano sin estrépito, porque aquel sitio está desierto y extraviado.

Mayenne sacudió la cabeza.

— Por muy desierto y extraviado que esté, — dijo, — no se echa abajo una puerta fuerte, ni se disparan veinte arcabuzazos sin hacer algún ruido.

— Hemos previsto esa objeción, monseñor, — dijo Martean; — uno de los arqueros le tenemos ganado. Iremos á media noche á llamar á la puerta dos ó tres solamente; el arquero abrirá, é irá á prevenir al jefe que S. M. quiere hablarle. Esto nada tiene de extraño, porque él, á lo menos una vez por

mes, manda llamar á ese oficial por causa de informes y expediciones. Abierta así la puerta, hacemos entrar á diez de los marineros que viven en el barrio de San Pablo, y que despachen al jefe de la ronda.

— Es decir, que lo degüellen.

— Sí, monseñor. Con eso interceptamos las primeras órdenes de defensa. Verdad es que otros magistrados, otros funcionarios pueden ser echados por delante por los vecinos tímidos ó los políticos; hay el señor presidente, el señor de O..., el señor de Chiverný, el señor procurador Lagueste. Y bien, se forzarán sus casas á la misma hora; el San Bartolomé nos enseñó cómo se hacia esto, y se les tratará como se haya tratado al señor jefe de la ronda.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! — exclamó el duque que hallaba que la cosa era grave.

— Monseñor, esa será una excelente ocasión de deshacernos de los políticos, designados todos en nuestros barrios, y de acabar con los heresiarcas religiosos y políticos.

— Todo eso es admirable, señores, — dijo Mayenne; — pero no habéis explicado si tomaréis también, en un momento, el Louvre, verdadera fortaleza, vigilada incesantemente por guardias y

caballeros. El rey, por tímido que sea, no se dejará degollar como el jefe de la ronda; empuñará la espada y, reflexionadlo bien, es rey; su presencia hará mucho efecto sobre los vecinos, y vosotros seréis batidos.

— Hemos elegido cuatro mil hombres para esa expedición del Louvre, monseñor, y cuatro mil hombres que no aman bastante al Valois para que su presencia produzca el efecto que decís.

— ¿ Creéis que bastará eso ?

— Sin duda; seremos diez contra uno, — dijo Bussy-Leclere.

— ¿ Y los Suizos ? Son cuatro mil, señores.

— Sí, pero están en Lagny, y Lagny está á ocho leguas de París; por consiguiente, admitiendo que el rey pueda mandarles venir, dos horas que emplearán los mensajeros en andar el camino á caballo, ochó los Suizos para venir á pie, hacen diez horas, y llegarán precisamente á tiempo para ser detenidos en as barreras, porque en diez horas seremos dueños de toda la ciudad.

— Y bien; sea así, admito todo eso; el jefe de la ronda está degollado; los políticos destruídos, las autoridades de la ciudad han desaparecido; en fin,

se han allanado todos los obstáculos; sin duda habréis ya acordado lo que entonces habéis de hacer.

— Formaremos un gobierno de personas honradas, como somos nosotros; — dijo Brigard, — y con tal que prospere nuestro pequeño comercio, que tengamos asegurado el pan para nuestros hijos y mujeres, nada más deseamos. Un poco de ambición, quizá, hará á algunos de nosotros desear ser jefes de una decena, de una cuarta, ó de una compañía. Y bien, señor duque, lo seremos, y punto concluido; ya veis que no somos exigentes.

— Señor Brigard, habláis á las mil maravillas, — dijo el duque; — sí, sé bien que sois honrados, y no permitiréis en vuestras filas ninguna mezcla.

— ¡ Oh! ¡ No, no! — exclamaron muchas voces; — nada de hez con el buen vino.

— ¡ Á las mil maravillas! — dijo el duque; — eso es hablar admirablemente. Ahora veamos. Decid, señor teniente del prebostazgo, ¿ hay muchos haraganes y gente mala en la Isla de Francia?

Nicolás Poulain, que no había desplegado los labios, se adelantó como á su pesar.

— Ciertamente que los hay, monseñor, y demasiados, — respondió.

— ¿ Podéis darnos aproximadamente el número total de esa gente?

— Aproximadamente, sí, monseñor.

— Decidnos, pues, cuántos son.

Poulain se puso á contar por los dedos.

— Ladrones, de tres á cuatro mil; ociosos y mendigos, de dos mil á dos mil y quinientos; ladrones de ocasión, de mil y quinientos á dos mil; asesinos, de cuatrocientos á quinientos.

— ¡ Bueno! Calculando por lo bajo, tenemos de seis mil á seis mil quinientos hombres de vida airada. ¿ Á qué religión pertenecen esos hombres?

— ¿ Qué decís, monseñor? — preguntó Poulain.

— Pregunto si son católicos ó hugonotes.

Poulain se echó á reir.

— Son de todas las religiones, monseñor, — respondió, — ó más bien de una sola: su Dios es el oro; y la sangre es su profeta.

— Muy bien; eso en cuanto á la religión religiosa, si así puede decirse; ahora, en cuanto á religión política, ¿ qué son? ¿ son del Valois, de la Liga, políticos celosos ó navarros?

— Son bandidos y pillos.

— Monseñor, no supongáis, — dijo Cucé, —

que vayamos nunca á tomar á esas gentes por nuestros aliados.

— No ciertamente, no lo supongo, señor Crucé, y es precisamente lo que siento.

— ¿Y por qué lo sentís, monseñor? — preguntaron con sorpresa algunos miembros de la diputación.

— Porque ya comprendéis, señores, esos hombres que no tienen religión ni opinión, y que por consiguiente no fraternizan con vosotros, viendo que no hay en París magistrados, ni fuerza pública, ni nada en fin que los contenga, se darán á saquear vuestras tiendas mientras hagáis la guerra, y vuestras casas mientras ocupéis el Louvre: tan luego estarán en favor de los Suizos contra vosotros, tan luego con vosotros contra los Suizos. De modo que serán siempre los más fuertes.

— ¡Diablo! — exclamaron los diputados mirándose unos á otros.

— Creo que la cosa es bastante grave para que se piense en ella, ¿no es verdad, señores? — dijo el duque. — Por lo que á mí toca, me ocupo mucho de ella, y buscaré el medio de obviar ese inconveniente, porque vuestro interés es antes que el

nuestro: esa es la divisa de mi hermano y la mía.

Los diputados hicieron un murmullo de aprobación.

— Señores, ahora permitid á un hombre que ha andado veinticuatro leguas á caballo en una noche y un día, que vaya á dormir algunas horas; ningún peligro hay en la dilación, á lo menos por ahora, mientras que si os pusiéscis á la obra, lo habría; quizá no sea esta vuestra opinión.

— ¡Oh! Sí lo es, señor duque, — dijo Brigard.

— Muy bien.

— Así pues, nos despedimos muy humildemente de vos, monseñor, — continuó diciendo Brigard, — y cuando tengáis á bien fijarnos una nueva reunión...

— La fijaré lo más pronto posible, señores; perded cuidado, — dijo Mayenne; — quizá mañana, pasado mañana á más tardar.

Y despidiéndose de ellos, los dejó aturridos con aquella previsión que había descubierto un peligro en el que ellos no habían siquiera pensado.

Pero no bien había desaparecido, cuando se abrió una puerta oculta en la tapicería, y se lanzó en la sala una mujer.

— ¡La duquesa! — exclamaron los diputados.
— Sí, señores, — dijo ella, — y que viene á sacaros de embarazos.

Los diputados, que conocían su resolución, pero que al mismo tiempo temían su entusiasmo, se agruparon en torno de ella.

— Señores, — continuó la duquesa sonriendo, — lo que no han podido hacer los Hebreos, lo ha hecho Judith sola : esperad. También yo tengo mi plan.

Y presentando á los de la Liga dos blancas manos que besaron los más galantes, salió por la puerta por donde había pasado Mayenne.

— ¡Por dios Baco! — exclamó Bussy Leclerc lamiéndose el bigote, y siguiendo con la vista á la duquesa, — decididamente, creo que ésa es el hombre de la familia.

— ¡Uf! — murmuró Nicolás Poulain limpiándose el sudor que caía gota á gota por su frente al ver á madama de Montpensier, — mucho quisiera no mojar en nada de esto.

XV.

Fray Borromeo.

Eran poco más ó menos las diez de la noche ; los señores diputados se hallaban bastante contritos, separándose unos de otros con urbanidad según llegaban á las esquinas de las calles inmediatas á sus casas.

Nicolás Poulain, que habitaba más lejos que todos, se quedó el último y solo, reflexionando profundamente en la situación perpleja que le había arrastrado la exclamación por que principia el último párrafo del anterior capítulo.